

Modernización económica y subdesarrollo*

José Blanco*

Introducción

México requiere una *modernización* profunda de su economía, de su organización política, de sus relaciones sociales, de sus instituciones (en sentido amplio). Puede proponerse: se trataría de la organización de una democracia moderna, a través de la *reforma* de sus instituciones sociales, económicas y políticas, eliminando de ellas toda forma de privilegio y haciéndolas socialmente eficientes.

La actualidad de la modernización es universal; México no está fuera de ese proceso mundial, pero su especificidad nacional en temas, modos y ritmos, deberá ser aclarada, precisada y pactada por sus propios nacionales, a través del diálogo democrático y organizado. Conviene, de otra parte, para ubicarlo en un contexto informado y realista, que el debate intente ver lejos —hacia atrás y hacia adelante— para que el *tiempo* que cale en nuestras ideas y nuestras propuestas, sea el tiempo real, el tiempo de la sociedad y de la historia. Y en ésta, en la historia, la modernización ha es-

* Trabajo recepcional a la Academia Mexicana de Economía Política, marzo de 1990.
• Profesor de la Facultad de Economía y actualmente asesor de la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México.

tado presente hace mucho tiempo, como acto, como reflexión y como debate; pues por su naturaleza misma la modernización es aún un proceso permanente cuyo término (su transformación en otra cosa), no podemos por ahora imaginar.

Este ensayo consta de cuatro apartados; cada uno de ellos es, apenas, un apunte. El primero se refiere a la modernización y al modernismo en su perspectiva histórica; el segundo, al papel de la innovación en el desarrollo y en la crisis de las economías industrializadas; el tercero intenta trazar un esquema de las fases principales de crecimiento de la economía mexicana a partir de la posguerra y termina haciendo una referencia a la crisis del presente; y el cuarto apunta y comenta nuestros desafíos “externos” e “internos”.

I

La *modernización* dio inicio en el mundo hace más de cuatro siglos. El *modernismo*, hace algo más de dos. *Grosso modo*. Los primeros balbuceos del *mundo moderno* tienen lugar durante la época de la conquista y colonización de América por los españoles y, de hecho, la vasta empresa española es factor determinante en la gestación del nuevo mundo de los modernos al ser parte decisiva de la configuración del mercado mundial. La conformación y el desenvolvimiento del sistema colonial, el desarrollo de los transportes y el establecimiento de las rutas comerciales internacionales dieron origen a una división *internacional* del trabajo, configurando así ese mercado. Al expandirse e intensificarse entre los siglos XVI al XVIII, el mercado mundial movilizó a millones de individuos en medio mundo y generó una vasta migración —que no termina hoy día en el *Tercer Mundo*— desde las áreas rurales a las ciudades en perpetuo crecimiento y renovación. Los mercados locales y regionales fueron absorbidos o destruidos y una multitud de pequeñas producciones locales y comunitarias, desorganizadas. Las necesidades humanas, y el consumo y la producción, fueron volviéndose crecientemente internacionales. De esta inmensa transformación surgieron los Estados Nacionales —tanto los centrales como los periféricos—, en un proceso dilatado, complejo y contradictorio; y las tradiciones de un milenio del *antiguo régimen* en Europa, sus formas de organización, sus relaciones sociales, sus vínculos perso-

nales, sus valores, su arraigamiento estrecho, sus formas de pensamiento, fueron combatidos, negados, devastados, transformados.

Al cabo de dos siglos de *modernización* de la economía, de la política, de las formas de organización social, esa vasta transformación aparece generalizadamente en la conciencia colectiva, en los intelectuales, en la literatura, en las artes, en una nueva sensibilidad humana, en la cultura: posibilitada por el surgimiento y desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, es la cultura del *modernismo*; aparece como expresión de la modernización, como asombro, como canto, como lamento nostálgico, como análisis, como crítica. La modernización produce el modernismo.¹

Con el modernismo, la cultura “se pone al día”, por así decirlo, respecto a la modernización social, económica y política. Pero en adelante las relaciones entre modernización económica y modernización política y social, y entre éstas y la cultura (en rigor, las culturas) del modernismo, se vuelven cada vez más complejas y mediadas. En mil y un aspectos la cultura del modernismo “adelanta” a la modernización y ambos, modernismo y modernización, durante los siglos XIX y XX, a través de procesos desiguales y contradictorios de enorme complejidad, terminan por abarcar al conjunto del planeta. Como lo anticiparan en su momento Hegel y Marx, la historia se vuelve así en los hechos efectivos, *historia universal*.

Pero la historia de la configuración/modernización de este sistema, que desde el punto de vista de la economía termina por darse por vías netamente capitalistas en los países centrales, o por los caminos de las experiencias descolonizadoras en los siglos XIX y XX o, en fin, ya en esta última centuria, por la senda del llamado “socialismo real”, es la historia de la configuración de un sistema desigual y asimétrico en alto grado. Modernización y modernis-

¹ Rousseau, como nos recuerda Marshall Berman, “es el primero en utilizar la palabra *moderniste* en el sentido en que se usará en los siglos XIX y XX; y es él la fuente de algunas de nuestras tradiciones modernas más vitales, desde la ensoñación nostálgica, hasta la introspección psicoanalítica y la democracia participativa”. Su *Emile, ou de l'éducation* (1762), o su novela romántica *Julie, ou la nouvelle Héloïse* (1761), registran “le tourbillon social” que era la vida cotidiana de la sociedad parisiense, y advierten el “borde del abismo” en que Europa se hallaba en esos años, anticipando así los estallidos revolucionarios que se avecinaban y que habrían de remover obstáculos sin cuento al proceso de modernización y al desenvolvimiento libre de la cultura del modernismo. Véase Marshall Berman. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Siglo XXI Editores, *Introducción*.

mo se difunden primero a través de las decisiones de los centros para las colonias. La difusión de la cultura del modernismo, con todo, no pasa necesariamente por las decisiones metropolitanas y obedece, en un margen considerable y creciente, a una dinámica propia; no es extraño, de este modo, que algunos *productos* relevantes del modernismo se originen en las áreas periféricas (i.e. *Sor Juana Inés de la Cruz*); y esto, en un contexto de elemental y miserable desarrollo de los procesos de modernización.

La modernización económica es asunto de las decisiones de la metrópoli española, para el caso de sus colonias y, a partir de las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII es, directamente, cada vez más, asunto del mercado mundial en expansión. El sistema económico colonial es expoliación permanente a favor de la metrópoli —y por su intermediación, a favor del conjunto de los países centrales—; es el periodo de la acumulación originaria del capital, de la disolución del *ancien regime*, de la revolución industrial. A partir de los inicios del siglo XIX, y durante este siglo y el XX, modernización (esa dialéctica perpetua de destrucción/innovación) y modernismo, se difunden hasta el último rincón del planeta, pero en vastas porciones geográficas y poblacionales la modernización llega a ser perennemente incompleta y distorsionada, principalmente debido a que los procesos de concentración de energía humana (acumulación de capital) se rigen por un intercambio mercantil a favor, necesariamente, de los países que durante los siglos XVI al XVIII han concentrado capital —mediante la expropiación de sus propias comunidades locales y la expoliación directa de las comunidades ultramarinas inicialmente— y, de ese modo, han acumulado potencia productiva, posibilitando un excedente social aceleradamente creciente;² esto mismo ocurre con más fuerza aún en las condiciones que se configuran en los países centrales a partir del siglo XIX y en mucho mayor medida en el siglo XX, cuando la industrialización de la producción transforma el conocimiento científico en tecnología, conectando así, directamente, parte sustantiva de la cultura moderna (la ciencia) con la modernización económica, reforzando e impulsando vigorosa y simultáneamente a ambas.

² El crecimiento del excedente hace posible que un número cada vez mayor de individuos de una comunidad puedan destinar su vida y su trabajo a tareas distintas de la producción de los satisfactores materiales, como la ciencia, el arte o el gobierno.

Un problema económico estructural mayor de las áreas coloniales y ex-coloniales que debido a su particular curso histórico no lograron “despegar” y alcanzar un desarrollo económico sostenido *antes* del último tercio del siglo XIX, es que su modernización económica quedó incompleta y, por ende, distorsionada. Esta incompletud, como ha sido señalado tantas veces, consiste principalmente en la ausencia o en el precarísimo desarrollo del sector productor de bienes de producción (bienes de capital, especialmente). A partir de fines del siglo XIX la rápidamente creciente productividad del trabajo en la producción de bienes de producción, en los países centrales, y las formas de predominio en las relaciones mercantiles, que comenzaron a ejercer de manera crecientemente generalizada los grandes monopolios entonces ya en rápida expansión internacional, tendieron a bloquear el desarrollo local (nacional) del sector productor de bienes de producción.

Se consolida así, entonces, una forma asimétrica de división internacional del trabajo y de intercambio comercial: bienes de producción de los países centrales a cambio de alimentos y materias primas de los países periféricos. La ausencia o la insuficiencia del sector de bienes de producción tendió a bloquear, a su vez, la propia acumulación de capital (pues es en bienes de producción que la acumulación se realiza), y a imposibilitar en gran medida el crecimiento de la potencia productiva y, por tanto, del excedente social. Más aún, esa ausencia o insuficiencia impidió, en medida significativa, vincular producción y ciencia: la incompletud se consolida; la dependencia respecto a los centros, para efectos de la acumulación de capital, se establece; la modernización se distorsiona; la cultura moderna se difunde a duras penas, y a veces se expresa, en las artes, por ejemplo, como incandescencia evanescente (el “realismo mágico”), o como desaliento (los “condenados de la tierra”); el subdesarrollo se vuelve perenne. El círculo virtuoso que en muchos sentidos se establece a través del vínculo modernización-cultura moderna en el área del desarrollo, en el subdesarrollo no existe; aquí cultura moderna y modernización son precarias y sin proponérselo viven extraviadas una respecto de la otra. No se trata, a pesar de tantos pesares (recobremos el aliento y afirmémoslo), de absolutas leyes de hierro para la eternidad.

En 1960 Paul Goodman predijo la gran ola de iniciativas radicales que experimentaría esa década y argumentó que si la juventud estadounidense de entonces “crecía en el absurdo” sin una

vida mínimamente significativa hacia el futuro, el origen del problema no estaba “en el espíritu de la sociedad moderna”, sino en que “este espíritu no ha realizado lo suficiente”. Veinte años más tarde Marshall Berman termina su ensayo sobre la experiencia de la modernidad con unas reflexiones que intentan responder así a la pregunta ¿cuándo terminará la época moderna?

... los que esperan el final de la Edad Moderna pueden tener la seguridad de tener un trabajo fijo. Es posible que la economía moderna siga creciendo, aunque probablemente en nuevas direcciones, adaptándose a las crisis crónicas de energía y medio ambiente creadas por su propio éxito. Las futuras adaptaciones exigirán grandes agitaciones sociales y políticas; pero la modernización siempre ha prosperado en el conflicto... En tal atmósfera, la cultura del modernismo seguirá desarrollando nuevas visiones y expresiones de la vida: pues los mismos impulsos económicos y sociales que transforman incesantemente al mundo que nos rodea, para bien y para mal, también transforman las vidas interiores de los hombres y las mujeres que lo habitan y lo mantienen en movimiento.³

II

El éxito de las economías de los centros los llevaron, en efecto, periódicamente, a crisis cuyos efectos han sido remozar, renovar, reforzar, las bases de crecimiento. Ese crecimiento es, no puede ser más que, *crecimiento innovador*. Y la innovación es, por definición, negación, destrucción, cambio, transformación: es la esencia permanente de la modernidad.⁴ Las crisis acentúan el lado destructor de la economía, sólo para dar paso franco a la innovación y restablecer las condiciones de la acumulación de capital y, por ende, del crecimiento. (¡*Renovarse o morir!*, divisa profundamente grabada en la conciencia colectiva, es ley fundamental de la economía moderna).

Durante el siglo XIX las principales economías europeas aproximadamente cada 10 años enfrentaron crisis recurrentes: era el

³ Berman, Marshall. *Op. cit.*, pp. 366 y 367.

⁴ En los inicios de este siglo el notable economista Joseph Alois Schumpeter, ministro de finanzas del imperio austro-húngaro durante la Primera Guerra Mundial, percibió que todo empresario, para serlo, tenía que ser empresario innovador porque el modo de expansión de la economía capitalista no podía ser otro sino la “destrucción creadora”. Véase J. A. Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento económico*, FCE; su primera versión en alemán data de 1912.

“ciclo de los negocios”, como con frecuencia se le denominaba entonces. En el siglo XX una crisis, por una gran diversidad de motivos, alcanzó fama inusitada, la crisis de 1929, en momentos de la consolidación del pleno predominio internacional de la nueva gran economía, la economía estadounidense. La “Gran Depresión”, como acabó bautizándosele, ocurrió, en su etapa más grave, de 1929 a 1933, y se extendió desde los Estados Unidos a Europa. La producción cayó verticalmente; los precios se derrumbaron; en Estados Unidos, uno de cada cuatro trabajadores quedó sin empleo y sin ingresos; las quiebras — y los suicidios — se multiplicaron; nació el *New Deal* y las políticas keynesianas.

Por una diversidad de razones, también la crisis de nuestros días — tan diferentes a la de los años treinta —, previsiblemente alcanzará, en las décadas futuras, fama mayor aún que la *Gran Depresión*. La crisis económica actual es omniabarcante, pero en los países centrales está lejos de presentar las características, la fuerza, la franqueza de la de los años treinta. Desde fines de los años sesenta esas economías se volvieron claramente inestables, aunque la tasa media de crecimiento del producto interno se ha mantenido alta. Para ver la profundidad de la crisis es preciso volver la vista al *Tercer Mundo* y mirar su miseria acumulada y su desesperanza avasalladora, cosa que puede advertirse también en algunas zonas de pobreza de los países centrales. Pero la crisis puede reconocerse también en la enormidad de las transformaciones en curso desde hace unos tres lustros de los países centrales, y en la sorda persistencia generalizada de la *incertidumbre* respecto al futuro, que agita las cabezas, los corazones y los estómagos de millones de personas del *Primer Mundo*, y que contrasta dramáticamente con las casi exactas anticipaciones que regulaban el desarrollo y la conducta de los agentes económicos durante la *Edad de Oro* del crecimiento de la posguerra (1945-1970).

Los principales “trucos” de la *Edad de Oro* del crecimiento, encabezada por Estados Unidos, consisten en tres órdenes de innovaciones: innovaciones técnico-productivas, económicas propiamente dichas, e institucionales, casi todas gestadas durante un largo periodo. Puede decirse que estas innovaciones estadounidenses se gestan, desarrollan y emergen consolidadas, en el lapso que va de la Guerra de Secesión (1861-1865), al término de la Segunda Guerra Mundial, habiendo pasado por numerosas crisis y una Gran Depresión; puede agregarse, desde luego, que en el

lapso que va de 1933 a 1945 (la *Era Rossevelt*), la historia estadounidense se acelera vertiginosamente para hacer surgir y generalizar esas innovaciones.

En el orden técnico-productivo y económico dos superempresarios schumpeterianos son clave y símbolo de las innovaciones de mayor alcance en la historia económica moderna, y poseen nombres ultrafamosos: Frederik W. Taylor (1856-1915) y Henry Ford (1863-1947). En la década de los veinte, antesala de la Gran Depresión, se había comenzado a generalizar en Estados Unidos un método revolucionario de organización de trabajo, el *taylorismo* (revolucionario desde el punto de vista de la productividad del trabajo de las empresas). Se trataba de la "Organización Científica del Trabajo", sistematizada por ingenieros y técnicos en términos de tiempos y movimientos, de la "preparación del trabajo" y del "uso máximo" de la herramienta, método por el cual se profundiza severamente el control del proceso de trabajo y se lograba expropiar, por así decirlo, la habilidad, el conocimiento y los secretos de la división técnica de las labores acumulados por generaciones por las formas colectivas de organización del trabajo obrero. No pasó mucho tiempo para que ese saber sistematizado fuera crecientemente incorporado a los sistemas de máquinas automatizadas, multiplicando la productividad laboral, al permitir que un sólo obrero pudiera realizar las operaciones que antes realizaba un grupo numeroso de ellos (¿recuerda usted *Tiempos Modernos?*). Se trata, en este caso, de las innovaciones técnico-productivas del *fordismo*, que surge, como se sabe, con la fabricación en serie de los automóviles.⁵

En el periodo de entreguerras, a base de los métodos tayloristas y de las primeras experiencias técnico-productivas fordistas, el ritmo de aumento de la productividad del trabajo triplica la tasa media de aumento de la productividad del siglo anterior. Empero, justamente el éxito inusitado de estos revolucionarios sistemas de trabajo, se convierte en factor determinante de la magnitud de la Gran Depresión. Al provocar tan espectaculares aumentos de la

⁵ La *Ford Motor Company* fue fundada en 1903. A partir de 1914 Ford introduce en su empresa el principio de la racionalización del trabajo a través de la producción en masa, el principio de la participación de todo el personal en los beneficios de la empresa, y el principio de altos salarios para crear capacidad de compra. Las obras de H. Ford, *My life and Work* (1922) y *Today and Tomorrow* (1926), recogen esas experiencias.

productividad, mientras los salarios continuaron con su tendencia histórica de crecimiento, se obtuvo una acelerada tendencia al aumento del excedente social, de las ganancias y, por tanto, de las posibilidades de acumulación de capital, conduciendo todo ello, al final de la década de los veinte, a una gran *crisis de sobreproducción* (subconsumo de masas frente a la capacidad productiva real).

Las políticas keynesianas y el fordismo habrían de generalizar otra gran innovación como respuesta a la crisis; esta vez una innovación de carácter económico. Una innovación que representa, sin duda alguna, una de las mayores ironías de la historia de la lucha de clases propia de la sociedad moderna. Ford sería un personaje y un agente activo de la estrategia innovadora; una estrategia por la cual Ford haría quizá más por los obreros estadounidenses que lo que ningún dirigente obrero soñó nunca para *sus bases* en ninguna parte. La enseñanza provenía de la crisis de *sobreproducción*; y la filosofía del asunto, era, a final de cuentas, bastante sencilla; lo que sería una empresa titánica era instrumentarla, pues tenía que ser instrumentada de costa a costa y de frontera a frontera; y eso le costó una gigantesca inversión, una publicitación extensísima, un trabajo de persuasión de sus congéneres (los empresarios estadounidenses), una y otra celebración de convenciones nacionales, ya de empresarios, ya de *capital y trabajo*, hasta lograr que se convirtiera en principio, en ideología, en parte sustancial del *american way of life*: si se quería que los métodos productivos fordistas se generalizaran a lo largo y ancho del país en todas las ramas productivas posibles, era necesario estar en capacidad de aumentar sustantivamente la escala de producción en cualquier tipo de línea productiva; pero ello no ocurriría a menos que cualquier tipo de producción enfrentara un *mercado de masas*; y no habría mercados de masas, a menos que todos o la mayoría de los productos formaran parte del salario.

En poco tiempo, gradualmente, entraron en el salario del obrero estadounidenses los bienes durables de consumo, los automóviles, las casas. . . ; no para todos absolutamente, ni en la misma cantidad y calidad, pero, quiere decirse: en el gran consumo de masas está un secreto (a voces) del éxito del asombroso crecimiento de la *Edad de Oro* de la posguerra de la economía estadounidense, baste decir que durante los 25 años que duró ese brillante tramo histórico, el salario medio y la productividad media aumentaron a ritmos similares.

La crisis económica que se inicia entre los últimos años de la década de los sesenta y los primeros de la década de los setenta no es una crisis de sobreproducción, sino una crisis de rentabilidad, originada en un descenso del ritmo histórico de aumento de la productividad. Alain Lipietz resume de este modo su punto de vista:

Al cabo de medio siglo de taylorismo y de fordismo, se volvió "natural" esperar que cada año un obrero produjera más que el año precedente, y "misterioso" constatar que este crecimiento disminuyera. Sin embargo, cuando Taylor y Ford inventaron sus nuevos métodos de organización del trabajo, ellos estaban barriendo con una rutina que sólo había registrado en el pasado algunos saltos hacia adelante. Su método era, ante todo, un método disciplinario y un método de extracción de habilidades y conocimiento. Al cabo de cincuenta años, casi no había razones para que la "mejor manera" (*the one best way*) no hubiera sido detectada, decorticada, sistematizada y generalizada. La masificación del trabajo había terminado por agotar el gran yacimiento del saber obrero. No es que no existan todavía inmensos yacimientos de productividad en el ingenio humano: pero no pueden ya ser explotados por los métodos taylorianos, los del embrutecimiento, de la parcelación de las tareas, de la dedicación de turnos de trabajo a un gesto indefinidamente repetido...⁶

Dado que a partir de la inmediata posguerra los métodos fordistas se habían extendido hacia Europa y Japón, su crisis afectó al conjunto, aunque de modo y profundidad desiguales debido en buena parte a que la tendencia histórica de los salarios había sido distinta: cuando la productividad no pudo seguir avanzando como en el pasado, el mayor nivel histórico salarial de Estados Unidos, y los costos crecientes de los bienes de inversión, lo colocó en desventaja en el *ring* de la competencia internacional.

Es frente a este agotamiento del perfil histórico de la tecnología productiva que, especialmente en los últimos tres lustros, las nuevas tecnologías y los nuevos materiales han recibido un impulso permanente y creciente, que en pocos años han producido ya cambios profundos en el perfil tecnológico del aparato productivo del conjunto de los países centrales. Las transformaciones en curso, puede decirse, están inaugurando una segunda era histórica

⁶ Lipietz, Alain. "La mundialización de la crisis general del fordismo", en *Economía: teoría y práctica*, número extraordinario 1, UAM.

científica, tecnológica y productiva, que obligará a procesar vastos reajustes en la organización social y política mundiales.

Volvamos al pasado y retomemos la otra línea de innovación de la sociedad estadounidense, que habíamos dejado apuntada: la innovación institucional. A diferencia de la sociedad europea, los estadounidenses no tuvieron que arrastrar consigo el peso muerto de los despojos de un *ancien regime*, de modo que la creatividad y la innovación en este campo dieron amplio espacio a la imaginación, a la experimentación, y a la negociación. Entre la fecha de su independencia (1776) y el término del siglo, los fundadores de la primera nueva nación que surgiera del largo proceso de lucha contra la dominación colonial, y la clase política en general, fueron definiendo los equilibrios pertinentes de una organización política compleja, estableciendo —en un marco de rigurosa democracia liberal— los ámbitos correspondientes a las prerrogativas de los individuos y del gobierno y las competencias respectivas de los estados y del gobierno federal. De ese debate y de esa experiencia histórica surgió tempranamente el proyecto de hacer de la nación una potencia industrial. Una gran masa de trabajadores potenciales asalariados estaban ya en su propio territorio: eran los esclavos de las ricas plantaciones del sur.

En 1863 las tropas confederadas del sur (los *sudistas*) son definitivamente derrotadas en Gettysburg y, acto seguido, Lincoln lanza su proclama de manumisión de los esclavos. En 1865 se produce la final capitulación incondicional del general Robert Lee ante el general Grant, consolidándose el triunfo militar del norte industrial frente al sur agrícola. El asesinato de Lincoln este mismo año, a manos de un *sudista*, no impidió que Estados Unidos entrara aceleradamente en la ruta de convertirse en la potencia económica industrial que habían soñado los padres fundadores. Entre 1860 y 1914 la población se triplica (pasa de 31 a 92 millones), la mano de obra aumenta en 700 por ciento, el producto en dos mil por ciento y el capital de inversión en cuatro mil por ciento. En 1915 Estados Unidos ocupa ya el primer lugar mundial en la producción de hierro, carbón, petróleo, cobre y plata y la máquina de vapor es sustituida por la eléctrica; se hallan ya registrados 250 mil automóviles. La administración gubernamental se ajusta permanentemente al ritmo vertiginoso del crecimiento de la economía.

Entre el gobierno de Theodore Roosevelt (1901-1909) y el de Franklin Delano Roosevelt (1933-1945), la presidencia de la re-

pública evoluciona hasta ser convertida en una "presidencia imperial". Y por lo que hace a la política económica, ésta también evoluciona desde el *New Deal* de F.D. Roosevelt hasta la *New Economics* de J.F. Kennedy, en un proceso de expansión constante de la intervención y las formas de regulación del Estado tanto respecto a las actividades productivas como respecto a la consecución de determinadas metas de carácter social. Importa destacar, sin embargo, la superactiva agilidad de la innovación estadounidense en materia institucional en el campo internacional, especialmente durante la era de F.D. Roosevelt. Habría que destacar, al menos, la iniciativa de creación de la ONU en cuyo Consejo de Seguridad quedará plasmada la hegemonía estadounidense; la organización de una red de tratados comerciales internacionales y la reconstrucción de la Carta de la Habana, que llevaron a la creación, en 1942, del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio; (GATT); los acuerdos de Bretton Woods de 1944 que consagraron el predominio del dólar como *el* medio de pago internacional y como el medio inequívoco de apoyo a los intereses estadounidenses en la operación del sistema financiero internacional; la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial, Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD); y muchas otras instituciones de carácter económico y financiero, así como de orden militar (OTAN) o político (OEA). Son todas, instituciones de regulación de las relaciones económicas, militares, políticas, o diplomáticas, en el campo internacional, a través de las cuales Estados Unidos ejerció su hegemonía (vale decir, con el consenso de la sociedad internacional), especialmente durante la *Edad de Oro* de la economía estadounidense. A partir del inicio de la crisis económica, sin embargo, cuyas primeras manifestaciones fueron la inestabilidad financiera, la devaluación de la libra esterlina y la posterior devaluación del dólar y la suspensión de la convertibilidad de esta moneda respecto al oro en agosto de 1971, una a una prácticamente todas las instituciones de regulación internacional fueron perdiendo el consenso que mantuvieron y fueron haciéndose crecientemente ineficaces.

El mundo que va emergiendo de la crisis, mediante un nuevo *jalón* modernizador, es uno que va integrando velozmente la economía internacional, a través de bloques regionales que pondrán en cuestión los conceptos hasta ahora aceptados asociados a la soberanía de los estados nacionales, y formas nuevas, supranaciona-

les, de regulación social, económica y política, serán creadas por la sociedad internacional, con arreglo a las correlaciones de fuerzas políticas que esos mismos bloques vayan configurando. La multipolaridad política es un hecho ya, como lo es —y lo será aún más—, el nuevo perfil tecnológico del aparato productivo de los países centrales, lo cual tendrá efectos transformadores decisivos en el *Tercer Mundo*.

III

A partir de las bases materiales e institucionales creadas en los años treinta y cuarenta, un proceso de desarrollo industrial acelerado cambia la faz económica y productiva de México en un lapso breve, a través de etapas de rápido crecimiento y de etapas de contracción económica. En los años cincuenta y sesenta la economía experimenta dos periodos largos de crecimiento (1954-1960 y 1963-1970); a fines de los sesenta una pérdida de dinamismo puede advertirse, y en los años setenta, catalizada por la crisis económica internacional, se muestra, con claridad cada vez más diáfana, la crisis estructural de nuestra economía. Esta crisis no es una recesión más, asociada a nuestro peculiar ciclo industrial; se trata del agotamiento del patrón de desarrollo y crecimiento de la economía nacional.⁷ Ya en el contexto de este agotamiento hay un repunte de crecimiento (1972-1974), y un *auge* intenso en 1978-1981, que a casi todo mundo abismó en la obnubilación y le impidió en su momento ver cómo la crisis estructural era ocultada por el verde *mare magnum* de las exportaciones petroleras.⁸

El origen del dinamismo económico durante 1954-1960 se ubica en la *diversificación* de la estructura productiva; la producción de manufacturas se multiplica y la importación de éstas se reduce como proporción del producto interno. El agente principal de la

⁷ El *agotamiento* significa que bajo el actual régimen de propiedad y posesión de la tierra y la especialización de los sectores agrícolas; bajo el actual patrón de distribución del ingreso; bajo la matriz actual de relaciones intersectoriales, y con el exterior, y entre el sector público y el sector privado, la economía está impedida de experimentar una nueva etapa de expansión de largo plazo, aún solucionando el avasallador problema representado por la deuda externa.

⁸ Un examen de los periodos de crecimiento señalados puede verse en José I. Casar, "Sobre el agotamiento del patrón de desarrollo en México", *Investigación Económica*, núm. 174, UNAM, 1985.

diversificación es la inversión pública (siderurgia, equipo de transporte, papel y otras manufacturas) y, en segundo lugar, la inversión privada nacional (productos metálicos, maquinarias y aparatos eléctricos).⁹

Los años 1963-1970 es un periodo de crecimiento y diversificación productiva aún más vigoroso. Las fluctuaciones de corto plazo son menos significativas, y el coeficiente de importación continúa cayendo. El agente dinamizador principal es el capital extranjero; son las empresas transnacionales las que organizan las nuevas actividades e impulsan la diversificación (autos, bienes durables de consumo, química, algunos bienes de capital).¹⁰

Hacia 1970 la economía presenta cuatro grandes problemas principales para la continuación de su operación y crecimiento: 1) la concentración del ingreso; 2) los comienzos de la desorganización del proceso de trabajo en el campo y la caída de la producción agrícola; 3) la rápida ampliación del déficit fiscal; y, 4) el acelerado crecimiento del déficit de la balanza de pagos con el exterior.¹¹

⁹ Entre 1954 y 1960 el producto interno crece a un alto ritmo anual de 6.5 por ciento y los precios, al 6.7 por ciento. La producción agrícola aumenta el 3.3 por ciento en promedio; la producción de petróleo, al 8.5 por ciento; el valor de la generación de energía eléctrica, el 9.3 por ciento, y la producción manufacturera al 8.4 por ciento. Esta última pasa de representar el 17.3 por ciento del PIB, al 19.2 por ciento, en el lapso considerado. Las importaciones pasan del 14.8 por ciento como proporción del producto, al 12.2 por ciento. Calculado con base en *Estadísticas Históricas de México*, INEGI.

¹⁰ Entre 1963 y 1970 el producto interno crece a un ritmo anual promedio de 7.5 por ciento y el índice de precios del PIB, al 3.3 por ciento. La producción agrícola aumenta al 3.2 por ciento en promedio anual; la producción petrolera, al 8 por ciento; la generación de energía eléctrica el 13.8 por ciento; y la producción manufacturera casi al 10 por ciento, al tiempo que pasa ésta a representar el 22.8 por ciento del producto interno. Las importaciones pasan del 12.2 por ciento en 1960 al 11.6 por ciento en 1970. Calculado con base en *Estadísticas...*, *op. cit.*

¹¹ En 1958 el 10 por ciento de las familias más pobres del país percibía el 2.32 por ciento del ingreso nacional; en el otro extremo el 10 por ciento más rico percibía el 35.7 por ciento del ingreso. En 1970, el 10 por ciento más pobre percibía el 1.42 por ciento y el 10 por ciento más rico, el 39.2 por ciento. La producción agrícola, que de 1960 a 1965 había crecido a una tasa promedio de 6.1 por ciento, de 1965 a 1970 lo hace al 1.2 por ciento. El déficit financiero del sector público que había sido de 2.3 miles de millones de pesos en 1965 y representaba el 4.8 por ciento del ingreso total público, pasa a 16.8 miles de millones en 1970 y a representar el 20 por ciento del ingreso total público. En 1962 la economía generaba internamente el 64.3 por ciento de las divisas que requería su operación (es decir, el 35.7 de las divisas provenían del financiamiento externo); en 1965 la eco-

Merced a la eliminación de las restricciones fiscales y monetarias que el gobierno mexicano había aplicado en 1971, en 1972 y 1973 el producto establece marcas de crecimiento del nivel de 63-70, pero sus bases son débiles, especialmente por lo que hace el desequilibrio externo. De 1973 a 1977 la economía se enfila hacia la recesión franca, acompañada de presiones inflacionarias desconocidas en muchos lustros.¹²

Entre 1977 y 1981 el producto interno crece aceleradamente (8.4 por ciento anual en promedio). Ello no obstante desde la perspectiva del desarrollo no hubo en este periodo un cambio en el sentido de preparar y lanzar un nuevo ciclo industrial de larga duración, de diversificación e integración productiva. La gran expansión de la base productiva petrolera no sólo no apoyó el impulso de nuevos sectores productivos, sino que las condiciones macroeconómicas en que se operó determinaron que el sector petrolero apenas se colocara al lado de los sectores productivos preexistentes y en no pocos casos hubo reversión de los procesos de sustitución de importaciones que habíamos ya operado.

En este periodo el rápido crecimiento del producto estuvo acompañado de un déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos de los sectores no petroleros, que tuvo un insostenible crecimiento geométrico (se duplicó cada año del periodo). A partir de 1981 el contexto internacional se tornó sumamente adverso, cayendo la demanda y el precio del petróleo, y aumentando aceleradamente la tasa de interés, y ello ocurrió en un momento en que la operación

nomía generó sólo el 54.7 por ciento (45.3 por ciento, financiamiento externo); y 1970 apenas generó el 42 por ciento (58 por ciento, financiamiento externo). Fuentes: 1) Para concentración del ingreso: E. Hernández Laos y J. Córdova. "Patrones de distribución del ingreso en México", en *Acumulación de capital, distribución del ingreso y empleo*, Memoria del Tercer Congreso Nacional de Economistas, México, 1970; 2) Para Producción agrícola: *Estadísticas...*; *op. cit.* 3) Para déficit fiscal, véase María Elena Cardero, *Patrón monetario y acumulación en México*, Cuadro seis de la Segunda Parte, Siglo XXI Editores, 1984; 4) Para déficit externo, véase José Blanco, "Génesis y desarrollo de la crisis en México", *Investigación Económica*, núm. 150, UNAM, 1979, Cuadro nueve.

¹² El producto crece 6.1 por ciento en 1974; 5.6 por ciento, en 1975; 4.2 por ciento en 1976; 3.4 por ciento, en 1977. El índice de precios del producto interno, en los mismos años, aumenta 24 por ciento, 16.7 por ciento, 21.7 por ciento y 32 por ciento, respectivamente. Banco de México, *Producto Interno y Gasto*, 1970-1978. La deuda externa, como expresión de los desequilibrios con el exterior, se cuadruplica entre 1971 y 1976 al pasar de cinco mil a 20 mil millones de dólares, a pesar de que el producto interno tiende al estancamiento en esa primera mitad de los años setenta.

de nuestra economía había agotado con rapidez sus posibilidades de crecer mediante la eliminación temporal de sus restricciones en la balanza de pagos externa, en un momento en que habíamos alcanzado una deuda exterior astronómica, y en que el nivel de la actividad económica interna había pasado a depender en gran medida de la demanda internacional de petróleo, del precio internacional de este producto, de la disponibilidad internacional de financiamiento, y del nivel de la tasa de interés internacional, vale decir, pasó a depender de variables sobre las que no tenemos control nacional.

En cuanto cambiaron las condiciones internacionales, la crisis de la economía mexicana reapareció con toda su fuerza. Al final del *auge* surgió, en primer lugar, una creciente especulación monetaria y cambiaria y, en cuanto nos fue cerrada absolutamente la llave del financiamiento externo de corto plazo (que a mediados de 1982 sólo servía para hacer posible la masiva fuga de capitales que estaba ocurriendo), ninguna política económica podía impedir ya una caída vertical de la actividad económica (el producto crece ocho por ciento en 1981 respecto a 1980 y decrece 0.5 por ciento en 1982 respecto al año anterior), porque no podía evitar tampoco instrumentar una política de ajuste que redujera el déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos a un nivel financiable en nuestras condiciones de crisis, atendiendo el servicio de una deuda externa cercana a los 100 mil millones de dólares.

IV

Si por un misterioso acto de magia liberadora mañana despertáramos sin ningún dólar de deuda externa, ello no cambiaría ni un ápice nuestra estructura productiva; y es aquí donde se halla el núcleo fundamental de origen de nuestra crisis. En otras palabras, nuestro *verdadero* reto estriba en poner las bases necesarias y desarrollar después un nuevo patrón de crecimiento y desarrollo. Y ello nos demandará múltiples innovaciones en todos los ámbitos de la vida social.

En una enumeración concisa de algunos de los problemas fundamentales de la estructura productiva, al menos habría que señalar: el precario desarrollo (y en los últimos años, la involución) del sector productor de bienes de capital que, páginas atrás, he-

mos apuntado como un problema mayor de la estructura productiva del país (en 1960 la producción de bienes de capital era equivalente al 2.7 por ciento del producto interno; esta proporción pasa al 4.2 en 1970; al 5.4 en 1981, y al 3.9 por ciento en 1986); agreguemos a éste algunos de los numerosos problemas de nuestra estructura productiva y algunas de nuestras peores costumbres y políticas, como la obsolescencia y la extrema heterogeneidad tecnológicas; la desarticulación de las cadenas productivas, especialmente la inarticulación agricultura-industria; el rasgo histórico antiexportador del sector industrial; la desorganización del proceso de trabajo agrícola; el uso depredatorio de nuestros recursos naturales; la baja productividad en la producción de alimentos básicos; una estructura de la oferta de bienes, sobre todo de manufacturas, en gran medida dislocada respecto a las necesidades de la mayor parte de la población y determinada por una concentración del ingreso que la política de ajuste recisivo ha empeorado notoriamente; el amplio desconocimiento que aún padecemos respecto a la dinámica biológica de nuestros recursos naturales; la muy grave precariedad de la investigación tecnológica, y muchos otros que, desagregados por ramas, productos, regiones y necesidades sociales, arrojaría un inventario crecido de tareas nacionales en las que cabría un papel deseabilísimo a la innovación productiva, económica, tecnológica, política, social, institucional, y que, entre otras cosas, estaría esperando una aportación sustantiva del sistema de educación superior, tanto en términos de formación de cuadros profesionales, como de investigación científica y tecnológica.

Ciertamente poco de todo ello puede hacerse sin restablecer las condiciones del crecimiento, y este restablecimiento es prácticamente imposible sin remover las formidables barreras representadas por el hecho de habernos visto en la obligación de entregar, por un lapso demasiado largo, el equivalente a un 25 por ciento del ahorro nacional al exterior como *servicio* de la deuda externa. Al verse así disminuidas, tan drásticamente, nuestras posibilidades de inversión, las consecuencias resultaron hondamente aciagas: el producto interno se ha visto impedido de crecer, al tiempo que han sido estrechas las posibilidades de renovar el aparato productivo, es decir, de incorporar innovaciones técnicas que elevaran la productividad, la eficiencia productiva; si, al mismo tiempo, nos vemos compelidos a convertir a dólares ese "ahorro" interno para atender el servicio de la deuda externa, no puede quedarnos más

camino que generar un superávit comercial con el exterior. Pero, si precisamente por la falta de inversión no podemos elevar la productividad, entre otras en las ramas exportadoras, nos veremos obligados, tal como en gran medida ha ocurrido, para poder competir en los mercados internacionales y aumentar nuestras exportaciones, a recurrir al mecanismo de la devaluación permanente y a disminuir drásticamente las importaciones que permitirían mantener en operación la economía en un ritmo mínimamente adecuado al crecimiento de la población. Frente al crecimiento de la fuerza de trabajo de los próximos años, y a la alta proporción del desempleo actual, la sociedad mexicana tendría que estar en la posibilidad de generar alrededor de un millón de empleos por año; resultaría extremadamente difícil generar ese volumen de empleo sin alcanzar una tasa de crecimiento sostenida durante un periodo prolongado. Y este crecimiento, a su turno, puede sostenerse sólo a través de una estrategia capaz de acompañar la vertiginosa rapidez de transformación de la economía y la sociedad mundiales. Es decir, asunto estratégico decisivo es el procesamiento de la decisión nacional acerca del modo de inserción de nuestra economía en la economía mundial.

En un lúcido ensayo de principios de los años ochenta Immanuel Wallerstein detecta las potentes tendencias estructurales de largo plazo que estarían conformando los nuevos ejes de poder mundial, y que tendrían un peso determinante en la configuración de las alianzas internacionales y en la formación de una nueva matriz de relaciones económicas y políticas entre las naciones del mundo; se trataría, de una parte, del eje Washington-Tokio-Pekín, y de la otra, del eje París-Bonn-Moscú. Wallerstein se pregunta entre otras cosas por el impacto de estos alineamientos sobre los países de Asia, Medio Oriente, África y América Latina, y apunta, revisando algunos antecedentes, que desde la Segunda Guerra Mundial los países del *Tercer Mundo* han ido, hasta cierto punto, de un éxito político a otro: “un éxito localizado separadamente en el auge de los diversos movimientos independentistas y nacionalistas . . . , otro éxito localizado colectivamente en expresiones tales como el choque psicológico de la Conferencia de Bandung de los cincuenta, el florecimiento del movimiento de los no alineados de los sesenta, la fuerza de la OPEP en los setenta”. Sin embargo, considerados en conjunto, en estos países la situación económica —dice Wallerstein— es peor en los años ochenta que en los años

cincuenta: la brecha se ha ampliado, y esta situación probablemente continúe en los noventa.

. . . sin embargo, uno debe preguntarse si un modelo tan contradictorio de aparente éxito político, que no trae aparejados resultados económicos (o que más bien van en sentido opuesto) puede continuar indefinidamente. Parece de lo más improbable. . . La extraordinaria confusión ideológica de un mundo (si llegara el caso) que encontrara a Europa Occidental semialineada con la Unión Soviética, contra Estados Unidos y Japón semialineados con China esclarecería la naturaleza incompleta de los procesos revolucionarios que se han dado hasta el presente y facilitaría el desarrollo de un análisis ideológico que tomaría en cuenta el hecho de que la “crisis” del sistema es un proceso prolongado y de alcance mundial —un sólo proceso y no uno compuesto por cien procesos nacionales separados. En medio de una nueva bipolarización de alianzas, que no tuvieran bases ideológicas, sería más fácil construir una nueva forma de resistencia de los no alineados. . . ¹³

Los avances de la estructuración de la “Cuenca del Pacífico”, de una parte, y los cursos políticos en los años ochenta seguidos al menos por España, Francia, Turquía, Grecia, más las meteóricas transformaciones de la URSS y de Europa del Este, por otra parte, parecerían confirmar en diversos aspectos las tendencias advertidas por Wallerstein a principios de los ochenta, a pesar de la gravitación política y militar de Estados Unidos sobre Europa, que aún puede observarse claramente. No pueden caber dudas acerca del peso contundente que en el futuro económico y político de México tiene la configuración de esos bloques internacionales, especialmente el eje Washington-Tokio-Pekín. Aunque la calidad de nuestra presencia en el área de influencia de este eje dependerá también de la trama de relaciones que establezcamos con el eje europeo y con el *Tercer Mundo*, especialmente con América Latina, área que si alcanzara los medios para conformar una subregión con perfiles propios y formas reales de articulación económica y productiva, alcanzaría también grados crecientes de poder de negociación mundial.

De cara a esas transformaciones de la economía y la política mundiales, nuestros desafíos y dilemas se resumen en la necesidad de un nuevo impulso modernizador que, para serlo, tiene que resolver el cómo incorporar una multiplicidad de procesos y secto-

¹³ Wallerstein, Immanuel. “La crisis como transición”, en *Dinámica de la crisis global*, Samir Amin, et al., Siglo XXI, 1983, pp. 49-51.

res productivos básicos a las formas de producción modernas, cómo incorporar a millones de mexicanos a los consumos modernos, y cómo incorporarnos a una economía global mundial gobernada por fuerzas que pueden ser avasalladoras, conservando al mismo tiempo una autodeterminación sin la cual la nación podría desdibujarse irremediamente.

Parece insoslayable concluir, en primer lugar, en la imperiosa necesidad que hoy tenemos de una comprensión y un seguimiento cada vez más profundo y completo, y que abarque un número creciente de sectores de la sociedad mexicana, de la forma de operación y de las tendencias fundamentales de la economía y la sociedad mundiales. Sin ese entendimiento nos será imposible, por ejemplo, comprender cabalmente los efectos que diversas formas y mecanismos de inserción internacional tienen o pueden tener sobre la estructura social u ocupacional de nuestro país.

La expansión del sistema económico internacional, durante los ochenta y en el presente, ha estado comandada principalmente por la banca estadounidense y la posición monetaria internacional del dólar parece haber favorecido una recuperación hegemónica de Estados Unidos; ello no obstante, como se sabe los problemas reales y potenciales de las finanzas públicas y los de la cuenta corriente de la balanza de pagos estadounidenses no han respondido a las expectativas generadas por los intentos de coordinación de políticas, hasta ahora principalmente monetarias ensayadas por la OCDE, al tiempo que en el terreno de la tecnología, a pesar de los progresos notorios de Estados Unidos particularmente en procesos asociados a la electrónica y a los nuevos materiales, según Lester Thurow¹⁴ en el campo de la infraestructura, la educación y la investigación, esos progresos no pueden garantizarle una recuperación apreciable en el mediano plazo. Se trataría, en este caso, de ser como se anota, un dato esencial en nuestras decisiones de mediano y largo plazo.

Sabemos, de otra parte, cómo las tendencias dinámicas de la expansión internacional se están concentrando en el conjunto de los países industrializados, cómo ha venido declinando la importancia relativa de América Latina en el contexto mundial y cómo

¹⁴ Thurow, L. "The world at a turning pint", citado por S. Bitar, "la Inserción de A. L. en la economía mundial; riesgos y desafíos", en *Relaciones económicas internacionales de América Latina*, SELA, compilador, Ed. Nueva Sociedad, 1987.

la capacidad de arrastre de los países del norte respecto a los países del *Tercer Mundo* también ha declinado notablemente. Aparte el hecho de una preferencia actual de la inversión extranjera directa con destino al *Tercer Mundo* que se orienta principalmente hacia los países del sudeste asiático, aparte el hecho de una más que evidente disminución de los flujos netos de la banca privada internacional hacia América Latina, un dato que muestra una transformación estructural irreversible es la elasticidad producto (OCDE) de las exportaciones de América Latina, que sufre una reducción dramática al pasar de 3.19 que fue entre 1976 y 1981 a 1.58 entre 1982 y 1985.¹⁵ En otras palabras, las exportaciones latinoamericanas *tradicionales* no sólo no tienen futuro, sino que tampoco tienen presente.

Parece importante también anotar la persistente tendencia a la trasnacionalización; la participación de las empresas trasnacionales continúa extendiéndose en las actividades productiva, tecnológica, financiera y comercial del mundo. Ello no obstante, como ha insistido entre otros Sergio Bitar, "si bien en el ámbito internacional se acrecienta el gigantismo, no es menos cierto que existe un espacio importante y en expansión para la pequeña y mediana empresa. La experiencia europea revela que la creación de un contexto favorable a la innovación tecnológica permite el desarrollo de múltiples actividades que pueden ser competitivas a nivel internacional". Sabemos sobradamente que las economías del norte están dedicando vastos recursos a la investigación, a la formación de recursos humanos y al impulso a las ciencias básicas, y están así configurando una industria intensiva en "materia gris", y es frente a ello que nosotros tenemos que trascender lo que Bitar llama "la perplejidad del cambio tecnológico". Las opciones de inserción internacional, según sus propias palabras, "no son tan variadas; son más bien restringidas. El criterio fundamental es abrirse un sitio en el mercado externo, pues sólo una vez que se ha logrado penetrar en él se está en condiciones de mejorar e impulsar nuevos desarrollos de productos y procesos; (pero es) urgente la necesidad de elevar la calificación de nuestros recursos humanos" y difundir la tecnología moderna. Desarrollo querrá decir en el fu-

¹⁵ Véase U. Pipitone, *América Latina y Estados Unidos: la economía del desencuentro continental*, CIDE, 1989, pp. 40-41.

turo, cada vez más, intelectualización de todos los procesos de trabajo.¹⁶

Asociados a los problemas de la dependencia externa existen desigualdades sociales y económicas sin cuyo abatimiento la modernización carece de sentido, o más bien, no es tal. Ha habido además, y continúa habiendo un uso irracional y depredador de nuestros recursos naturales; agreguemos aún que la calidad de la vida en el campo y en las ciudades, se halla lejos de una norma mínima general de bienestar humano.

La sociedad mexicana ha dado ya, en los últimos 20 años, muestras crecientes de estar empeñada en dar pasos firmes y significativos de modernización política (sin dejar de combinarse ello con la persistencia mineralizada de "usos y costumbres" del paleolítico político). Aunque la demanda de modernización económica es más difusa e insegura, no es por ello menos necesaria. En los hechos, como se ha insistido, modernización política o modernización económica, pronto encontrarían límites insalvables si no fueran juntas apoyándose mutuamente.

Por su historia, por su composición social, por sus valores ideológicos nacionales, por sus carencias y por sus recursos, la sociedad mexicana tendría que poner en el centro de su reflexión sobre el proyecto nacional de desarrollo, como tantas veces se ha insistido, una estrategia expresamente diseñada para articular firmemente economía y producción a la satisfacción de las carencias acumuladas en educación, salud, alimentación, vivienda, transporte y comunicaciones, principalmente; un proyecto de desarrollo de procedimientos tecnológicos y de creación social de instituciones eficientes, destinados a elevar con la máxima rapidez posible la productividad de las ramas de actividad económica y social capaces de dar satisfacción real a las necesidades sociales en los rubros que se sugieren; un pacto nacional que no puede sino admitir las transformaciones políticas en curso en la sociedad internacional y los fundamentos reales de la economía que está emergiendo de la crisis mundial, y que, así, busca poner las condiciones y erigir el ámbito social, institucional y técnico necesario para fijar el capital nacional a la producción de bienes y servicios y ésta a la satisfacción de las necesidades sociales y a las metas nacionales, asumiendo

do la realidad inescapable de la interdependencia económica mundial.

Algunas investigaciones han señalado las razones por las cuales en la mayor parte de los países avanzados las tecnologías de punta buscan impulsar la productividad y la competitividad internacional principalmente en los bienes *individuales* de consumo. Dados nuestros recursos escasos y nuestras necesidades insatisfechas, las nuevas tecnologías tendrían que ser desarrolladas en México, propone Fajnzylber, buscando impulsar la productividad de los servicios colectivos (salud, educación), procurando alcanzar en estos rubros niveles de competitividad internacional; en el sector manufacturero la prioridad de desarrollo sigue ubicándose en las ramas de alimentos, químicas y bienes de capital; en vivienda, sería imposible resolver el enorme déficit habitacional sin revolucionar los métodos constructivos actuales.¹⁷

Una palabra final sobre un debate que estará entre nosotros por mucho tiempo, referido al binomio Estado-mercado. Me sirvo para el efecto de un texto reciente de Ugo Pipitone que recoge a su vez observaciones agudas y también recientes de John Kenneth Galbraith. "Dominado por la ideología liberal del siglo pasado, el capitalismo es incapaz de asignar al Estado un papel central en la solución de los problemas que el mercado, manifiestamente, no puede resolver eficazmente: cuidado de la salud, vivienda popular, contaminación ambiental, educación, para no hablar de las oscilaciones del empleo, etcétera. Por otro lado, el socialismo sigue atrapado en una situación en la cual la producción sólo responde a las 'estructuras de planificación y control' del Estado, mientras al mercado se le reconocen sólo muy escasos márgenes de acción. El socialismo 'en sus etapas iniciales' constituyó un gran éxito económico en la Unión Soviética. En pocas décadas la URSS construyó las bases primarias de una estructura industrial moderna y permitió niveles de consumo para su población considerablemente superiores a los niveles históricos acostumbrados. La idea de John Kenneth es ésta: mientras que el esfuerzo económico se concentró en los sectores básicos de la industrialización (química primaria, siderurgia, electricidad) la planificación centralizada funcionó razonablemente bien. Sin embargo, desde el momento en

¹⁶ Bitar, S. *Op. cit.*, pp. 39, 44-45, *passim*.

¹⁷ Véase F. Fajnzylber. "Las economías neoindustriales en el sistema centro periferia de los ochenta", mimeo, 1987.

que los consumos populares comienzan a hacerse más diferenciados y complejos, la planificación centralizada muestra serios problemas de adaptación a un marco económico menos previsible y más complejo. Y es a partir de ahí que (Galbraith) llega a esta conclusión: 'para responder a esta demanda, para canalizar la información requerida desde el consumidor hasta el productor, no hay alternativas al mercado'. 'La educación y el desarrollo cultural de la gente —subraya Galbraith— son recursos que el capitalismo y el socialismo comparten, en contraste con los pueblos verdaderamente desafortunados del mundo. Dado este recurso, el éxito económico es más fácil y tal vez más inevitable de lo que los economistas puedan suponer. Sin alfabetización y educación, el éxito económico es imposible. En este mundo —finaliza Galbraith—, no hay pueblos con elevados índices de alfabetización y educación que sean realmente pobres...'¹⁸

Termino. En el gran plazo de una era histórica, la *modernización* ha descrito un arco omniabarcante que ha incorporado ya hasta el último vestigio de la comunidad local de cualquier rincón de nuestro planeta, conformando así la historia *universal*. Nuestro lugar en ese proceso depende de un complejo de fuerzas y procesos que no están bajo nuestro dominio; pero también depende de la apertura, del alcance, de la *modernidad* de nuestras ideas.

¹⁸ Pipitone, U. "Tres ideas de Galbraith", *La Jornada*, marzo 10, 1990.